

Defendiendo la Biodiversidad y Estilos de Vida en el Bosque Panameño



Mujer emberá con niños portando cestas tradicionales tejidas a mano. (Fotografía cortesía de Panart)

2002-03-01

Mark Foss

En el lugar donde se juntan la América del Sur y la Central crece un bosque que es una de las regiones ecológicamente más ricas del trópico americano. Los pueblos indígenas que lo habitan dependen de él para obtener sus alimentos, medicinas, materiales de construcción y mucho más. Pero partes de ese bosque están siendo extraídas por extraños, la presión sobre sus recursos naturales es creciente y los estilos de vida de sus pueblos indígenas están amenazados.

"¿Cómo se pueden reconciliar formas decentes de vida con la protección del medio ambiente?", pregunta Catherine Potvin, profesora asociada en la Universidad de McGill en Montreal y directora de un proyecto de investigación respaldado por el Centro Internacional de Investigaciones para el Desarrollo (IDRC). "Todo nuestro trabajo ha sido tratar de resolver este problema". (Ver recuadro: Una experiencia de cambio de vida)

Una reserva de biosfera amenazada

El territorio de la Provincia del Darién, que forma un puente entre los continentes del centro y sur americanos, alberga al mayor parque nacional de América Central: el Parque Nacional del Darién. Inscrito en 1981 en la lista del Patrimonio Mundial de la UNESCO, este parque de 579.000

hectáreas fue reconocido como Reserva de Biosfera dos años más tarde. El parque abarca una amplia gama de hábitats: playas arenosas, costas rocosas, manglares, bañados y ciénagas de palmares, así como tierras bajas y altas de bosque tropical húmedo. Y viven allí miles de especies vegetales y cientos de especies de aves, mamíferos y reptiles.

El Darién es también el hogar de unos 65.000 indígenas pertenecientes a una de las tres naciones originarias de América Central: los kuna, los emberá y los wounaan. Distribuidas en pequeños poblados o aldeas, estas naciones conservan sus formas de vida tradicionales. Utilizan el bosque para cultivar, cazar, pescar y para recoger plantas medicinales y los materiales utilizados para construir sus viviendas, sus botes, y para confeccionar sus artesanías. Sus estilos de vida tradicionales han sido sustentables para el medio ambiente a lo largo de siglos.

¿Cómo gestionar recursos en forma sustentable?

Sin embargo, estos estilos de vida --y la biodiversidad que los sostiene-- están de manera creciente amenazados. Madereros están derribando árboles para fabricar productos de madera y los agricultores los talan para limpiar el terreno y plantar cultivos comerciales. Junto con grupos gubernamentales y no gubernamentales, los pueblos indígenas del Darién están comprometidos en un esfuerzo continuo para protegerlo de su destrucción --por ejemplo, efectuando un mapeo del territorio para mostrar los recursos del bosque y haciendo campañas públicas para detener la deforestación.

Pero también necesitan encontrar nuevas estrategias para la gestión sustentable de los recursos de los cuales dependen. En 1998, el IDRC lanzó un proyecto de dos años que reunió a investigadores canadienses con comunidades indígenas para alcanzar ese objetivo. Los investigadores trabajaron con los habitantes de dos aldeas locales (una kuna y la otra emberá) y con dos organizaciones indígenas no gubernamentales (ONG), las fundaciones Dobbo Yala y Darién.

Reviviendo las palmeras

Potvin trabajó con el biólogo conservacionista emberá Rogelio Cansari y con la Fundación Darién para reintroducir varias especies de palmeras cerca de la aldea de Ipetí y desarrollar prácticas de manejo sustentable. El equipo identificó dos especies que fueron consideradas amenazadas: la palmera negra y la sabal.

La palmera negra es importante tanto por razones económicas como culturales. Durante generaciones, las mujeres emberá han atraído a pretendientes tejiendo cestas con la fibra de la palmera negra. Más recientemente, estas cestas típicas y finamente trabajadas se han estado comercializando a cientos de dólares en la Ciudad de Panamá y en los mercados internacionales.

Para Potvin, la respuesta a la declinación de este recurso parecía obvia: plantar más palmeras negras. "¡Yo me imaginé que, con un doctorado en botánica, yo debía ser capaz de hacerlo!", dice la investigadora, riéndose. No era tan fácil. Sólo la mitad de las semillas germinó y les llevó cerca de un año hacerlo. A pesar de diversas pruebas, no pudieron mejorar ese registro. No obstante, el bajo promedio de germinación no disuadió a la población local. La demanda por la palmera negra era tan grande que, a pesar de sus dificultades, unas 21 comunidades emberá adoptaron la práctica de plantar semillas todos los años.

Lo conseguimos plantando semillas

"Desde el punto de vista de la botánica, no habíamos tenido éxito. Pero desde otra perspectiva sí --porque involucramos a una cantidad de personas en el trabajo y esto tuvo un gran impacto",

explica Potvin. "Uno de mis mayores placeres en este trabajo fue visitar una aldea por primera vez y encontrar un vivero. Los pobladores se habían apropiado completamente de nuestra idea. Lo mejor de todo fue que ellos no sabían nada de mí".

La sabal es otra especie de palmera amenazada. Los pobladores deben recolectar las hojas de 40 árboles para obtener las 400 hojas que necesitan para construir el techo de una vivienda emberá. La presión excesiva sobre este recurso ha llevado a peleas de machete en el Parque Nacional del Darién. Ipetí es una de las pocas comunidades emberá en donde todavía se puede encontrar la sabal.

"Es una práctica común hoy en las aldeas emberá criar y compartir plantas, así como prestarse semillas. Esto es debido al proyecto", explica Potvin, "No usamos técnicas sofisticadas, hicimos todo con la población y ellos han sido capaces de enseñar a otros. Miembros de otras comunidades han visitado Ipetí para obtener semillas y llevarlas a otras zonas del Darién en donde la sabal desapareció".

Tomando reservas del bosque

El proyecto identificó también varias hierbas medicinales amenazadas. Sarah Dalle, entonces estudiante recién graduada de la Universidad de McGill, trabajó con la Fundación Dobbo Yala para identificar especies amenazadas en Nurna, una aldea aislada con sólo 200 habitantes. Potvin condujo un trabajo similar en Ipetí con varios colegas canadienses y emberá.

Los investigadores comenzaron entrevistando a los pobladores locales acerca de 20 especies de plantas para comprender hasta dónde las personas consideraban que estas plantas estaban amenazadas. Luego realizaron un inventario ecológico de los bosques utilizando la tecnología del Sistema de Localización Global (Global Positioning System). La hipótesis del equipo era que las dos aldeas utilizaban las mismas especies por motivos similares. Si esto era verdadero, se podrían aplicar estrategias semejantes para preservar las plantas.

Sin embargo, se verificó que esa idea era falsa. Las aldeas tenían solamente 10 especies en común. Para nueve de las especies compartidas, los pobladores utilizaban la misma parte de la planta, pero no necesariamente por las mismas razones. Estas diferencias estaban determinadas por factores tales como cultura, ocupación de la tierra, patrones de vegetación y geografía, así como la percepción de las comunidades sobre la abundancia de la planta.

Por otra parte, en Nurna, las cinco especies consideradas más amenazadas se encontraban dispersas por todo el territorio. "La diversidad de los patrones de distribución significa que estamos tratando con diferentes requisitos ecológicos. Serán necesarias estrategias distintas para conservar el hábitat natural de estas diferentes especies", explica Dalle."

Talleres culturales reviven tradiciones

Mientras se hacía el inventario ecológico, los investigadores aprendieron también conocimiento tradicional y cómo este difiere entre hombres y mujeres. Para ayudar a transmitir este conocimiento --que corre peligro de perderse--, los investigadores organizaron unos talleres en Ipetí. Por ejemplo, se realizó un taller para mujeres en el cual se enseñaron las técnicas y mitos de la pintura del cuerpo. Más tarde se produjeron pósters y un folleto ilustrado.

Se organizó un taller para los hombres sobre la manera de fabricar instrumentos tradicionales como la flauta y el tambor. Desde entonces quedó constituido un grupo musical. Un taller posterior para hombres se dedicó a la forma de construir canoas talladas. La población de Ipetí organizó luego un

taller por su cuenta en el cual se construyó una casa comunal emberá tradicional. La casa es utilizada ahora como lugar de reuniones y celebraciones de la comunidad y para guardar todo el material relacionado con el proyecto.

La actividad sigue su curso

La participación local fue una parte importante del proyecto. Todas las noches, Dalle mantuvo en Nurna reuniones para informar y discutir la investigación. Las entrevistas realizadas por los investigadores emberá y kuna resultaron cruciales, siendo un aporte clave en el proceso de investigación. "La participación local en este proceso ayudó a asegurar la sustentabilidad", dice la investigadora.

"Desde que nos fuimos, se han organizado múltiples actividades en Nurna. Ellos comenzaron a recolectar semillas de caoba y sabal, alrededor de 100 hombres y mujeres trabajaron durante tres semanas para preparar una gran plantación en donde sembrarán la palmera sabal y otros árboles maderables, junto con cultivos agrícolas", relata Dalle.

La confianza generada por los investigadores en El Darién les permitió trabajar con las plantas medicinales, a partir del reconocimiento de que la propiedad de esos recursos naturales pertenece a la comunidad. Trabajando en dos aldeas kuna y emberá diferentes, la segunda fase del proyecto examinará los derechos de propiedad intelectual y desarrollará mecanismos de compensación para el conocimiento tradicional. Se elaborará una lista de plantas medicinales clave y se documentarán tradiciones orales y rituales, con el fin de promover la conservación del conocimiento tradicional, incluso por medio de la enseñanza formal.

Mark Foss es un escritor y editor residente en Ottawa.

Por mayor información:

Dr Catherine Potvin , Associate Professor, Department of Biology, Faculty of Science, McGill University, 3534 University, Montreal, Quebec, Canadá H3A 2A7; Teléfono: (514) 398-3730; Correo electrónico: catherine.potvin@mcgill.ca ; Sitio Web: www.mcgill.ca

Recuadro



Una experiencia de cambio de vida

Para una investigadora canadiense de la Universidad de McGill, un proyecto del IDRC para promover el uso sustentable de la biodiversidad en Panamá fue una experiencia que le alteró la vida.

En 1994, en medio del descanso sabático de la Universidad de McGill, Catherine Potvin comenzó a trabajar en Panamá para ver cómo los pueblos emberá interactuaban con su medio ambiente.

"El encuentro con los emberá cambió completamente mi vida", enfatiza Potvin. "Cuando llegué a la aldea, me vinieron ganas de decir cosas como '¿Porqué están derribando esos árboles? Tienen un valor en sí mismo'. Luego me di cuenta que esto era imposible. Estos pueblos tenían que obtener

recursos del bosque. No se les podía decir sencillamente: 'No usen cosas'. Este fue el comienzo, para mí, de un proceso de crecimiento".

Este encuentro motivó a Potvin a presentar una propuesta de investigación IDRC para trabajar con los pueblos indígenas de Panamá en el uso sustentable de la biodiversidad. En el transcurso de los dos años del proyecto, su pensamiento sufrió una nueva transformación. De ser una científica preocupada por el propio bien de las plantas, se volvió más preocupada con la forma cómo estas especies sostenían las formas tradicionales de vida.

"Aprendí de los emberá que existe un bosque a preservar, pero también existe un estilo de vida y una cultura a preservar. Creo que he llegado ahora a un punto de vista extremo. Estaría más triste si las personas perdieran su estilo de vida que si alguna de las plantas que han usado desapareciera".